

Aquella aventura tan misteriosa, aquella dama tan bella, y cuyo nombre no habia podido él saber, que era recién llegada á México, y que sin embargo de eso, tenia ya amigos y daba saraos, todo exaltaba de tal manera la imaginacion de Don Enrique, que no vaciló un momento en tomar su resolucion, y determinó concurrir aquella noche á la cita de la encantadora desconocida.

Pero en medio de todo, aquellas cartas no podia él calificarlas de amorosas; habia en ellas algo de reservado, de misterioso; parecian estar escritas con demasiado estudio; ninguna de ellas podia comprometer á la dama que las habia escrito; parecian mas bien las cartas de una reina que concede un momento de audiencia.

Cuando Don Enrique pensaba en esto, sentia un extraño presentimiento; pero despues recordaba los brillantes ojos de la desconocida, su negra cabellera sembrada de brillantes, su traje, negro tambien, cubierto de deslumbrantes joyas, y le parecia todo aquello tan fantástico, tan ideal, que hubo momentos en que se creyó loco.

Llegó la noche, y la casa de Doña Marina se iluminó como por encanto, y apareció engalanada con tanta riqueza y tanta magnificencia, pero al mismo tiempo con un gusto tan extraño, que no parecia sino que allí se preparaba una fiesta de hadas.

Una tupida alfombra de plumas de encendidos colores cubria el pavimento desde la puerta de la calle hasta los corredores de la casa; bosques de plantas aromáticas y de flores se extendian de uno y otro lado, y entre aquella improvisada selva esparcian su ardiente claridad multitud de bujías; pájaros de todas clases, cantores orgullosos de las montañas, lanzaban al viento sus trinos, engañados por aquella luz, que ellos tomaban por la del dia.

XI.

El último escándalo.

PRECISAMENTE en la mañana del dia en que Don Justo presentó la queja de las monjas al virey, un lacayo dejó en la casa de Don Enrique una esquila cuidadosamente cerrada y sellada.

El jóven llegó á la hora de la comida, y recibió aquella carta; estaba concebida en estos términos:

«DON ENRIQUE:

«Esta noche doy en mi casa un sarao á mis amigos: venid, «haceos anunciar, y cuando os parezca oportuno, podeis «acercaros á mí y hablarme.

«Sabeis ya mi casa en la calle de Tacuba.»

La carta no tenia firma ninguna, pero Don Enrique conoció la letra; era la misma de la primera esquila.

Régia y extraña pompa se desplegaba en todos los aposentos de la casa; muebles de maderas exquisitas y desconocidas que exhalaban suavísimo perfume, llamaban por todas partes la atención con sus formas caprichosas; ricos brocados europeos fantásticos, telas de seda bordadas en la China, y curiosos lienzos con delicadas labores tejidos por los indígenas, formaban la tapicería, y el oro y la plata y la porcelana del Japon se mezclaban en las vajillas.

Aquel era el sarao mas espléndido de que se hacia mencion en México, y se tenia por cosa segura que el virey marqués de Mancera, y su esposa Doña Leonor, asistirían á él.

La invitacion se habia hecho en nombre de la señora Doña Marina de Alvarado, hija del cacique D. Hernando de Alvarado, convertido á la fé católica, y uno de los mas ricos señores de Tehuantepec.

Doña Marina para invitar al virey, hizo presentar en palacio todos los documentos que acreditaban su nobleza y descendencia del rico señor de Tehuantepec. El virey, examinados que fueron aquellos títulos, no tuvo inconveniente en aceptar, y prometió asistir en compañía de su esposa.

Aun no comenzaban á llegar los convidados; los mayordomos, los lacayos, los reposteros y los esclavos entraban y salian con grande agitacion por los salones, afanados con los últimos preparativos.

Doña Marina y el Indiano conversaban en uno de los aposentos.

Doña Marina vestia un traje blanco sin adornos, pero tan fino, tan flotante, por decirlo así, que parecia envuelta en una nube; ceñia su cintura una faja de seda roja sembrada de brillantes; en sus brazos, descubiertos hasta el hombro, y

en su cuello y en su cabeza, llevaba tambien pulseras, collar y diadema rojos con estrellas de brillantes.

Aquella mujer así, parecia una de esas encantadoras de los cuentos árabes.

El Indiano llevaba los colores de Doña Marina; era su traje blanco de seda con acuchillados rojos, y por únicas piedras, diamantes; nada de oro ni de otro metal; habia hecho un estudio para llevar los mismos colores y con el mismo adorno que la dama.

Señor—decia Doña Marina—no sé qué pretendes ni cuáles serán tus pensamientos; pero te obedezco y te sigo como las nubecillas siguen el camino del viento.

—Nada temas, Marina; pronto verás el resultado de todo.

—¿Temer yo cuando se trata de obedecerte? No; tú eres mi vida y mi voluntad; tú mandas, señor: ¿pues qué es amar? Así te amo, que tu alma es la mia: ¿puede querer tu alma lo que tu alma no quiere? ¿Estás contento?

—Siempre lo estoy cuando tú lo estás, luz de mi alma. ¿Sabes si recibió la carta Don Enrique?

—Sí la recibió. ¡Oh! tú no sabes, señor, lo que yo siento cuando pienso que un hombre que no eres tú, cree que puedo amarle, que puedo pensar en él; esta idea me destruye el corazón.

—Amor mio, ¿oyes esos pájaros que cantan con la luz de las bujías? Piensan que es el sol, Marina, y ese engaño puede ofender al sol, puede causarle celos. Deja que ese hombre crea que la luz de una hoguera es el resplandor del dia; nuestro amor y nuestra dicha son tan puros y tan firmes, que ninguna tempestad puede turbarla.

—¡Oh, señor! así, así quiero que me hables siempre, y que me mandes cuanto quieras. ¿Qué haré si viene ese hombre?

—Procura no mirarle mucho, pero tambien preséntale una oportunidad para que llegue hasta tí y te hable; alienta su audacia con tu silencio: lo demás corre de mi cuenta. Pero si llego y te pregunto lo que él te ha dicho, refiéremelo en alta voz, delante de todos y manifestando extrañeza: dí cuanto él te haya dicho; ¿me entiendes, vida mia?

—¡Oh! mi alma te comprende siempre.

En estos momentos comenzaban á llegar los convidados. Damas y caballeros invadian los salones, y las músicas preludiaban ya dulcemente algunas piezas; solo se esperaba al virey y á su esposa para comenzar el sarao.

Habia hombres apostados desde la puerta del palacio para que á todo escape llegaran á anunciar la llegada de sus excelencias, y todo el mundo aguardaba aquel momento con impaciencia.

Por fin, llegó el anuncio deseado: los concurrentes todos se pusieron en agitacion, y Doña Marina, apoyada en el brazo del Indiano, descendió á esperar á los vireyes hasta el pié de la escalera.

Desde la puerta de la calle hasta donde esperaban el Indiano y la jóven, habia tendidos en dos alas, lacayos españoles vestidos con elegancia á la europea, y alternando con indígenas, que llevaban los vistosos trages de plumas que usaban en los tiempos de Moctezuma. Los lacayos tenian en sus manos gruesos y blancos cirios encendidos, y los indígenas alumbraban con hachones de resinas aromáticas, cuyo humo era un delicado perfume.

Dos niñas vestidas con los antiguos trages aztecas, y dos niños con los trages españoles de la época, caminaban delante del virey y de su esposa en cuanto penetraron en la casa, regando á su paso hojas de rosa y de amapolas. Las

músicas sonaban por todas partes, y de las azoteas de la casa se lanzaban millares de cohetes.

El virey estaba encantado, lo mismo que su esposa Doña Leonor, con aquel esplendor y aquellas muestras de regocijo.

La vireina se apresuró á encontrar á Doña Marina y la estrechó entre sus brazos, y el virey tendió su mano primero á Don Diego y despues á la jóven.

—Señora—le dijo Doña Marina—mi corazon quisiera haberte recibido como mereces, por tí y por la grandeza que representas en esta tierra, porque eres aquí la persona de nuestro monarca; perdóname, señor, si no hago para que encuentres agradable mi casa, mas que esto, que no es todavía digno de tí.

El marqués de Mancera, acostumbrado al lenguaje de las cortes europeas, se hallaba embarazado para contestar aquella locucion, que le parecia de los tiempos de los patriarcas; la vireina sentia la misma extrañeza; pero el marqués, hombre de agudo ingenio, comprendió que debia contestar en los mismos términos.

—Niña—le dijo—el monarca mira tus intenciones y agradece la voluntad; tu casa es magnífica, y tal fiesta es digna de un monarca.

—Señora—dijo Marina dirigiéndose á la vireina—este que ves aquí—y señaló á Don Diego—va á ser mi marido ante Dios, porque somos cristianos él y yo; y concédeme, señora, la gracia de rogar á tu noble esposo que él y tú sean los padrinos en este matrimonio.

Aquella peticion, hecha con tanta franqueza y tanta sencillez, agradó á Doña Leonor, que buscó en los ojos del marqués la respuesta afirmativa.

—Niña—contestó el virey—mi esposa y yo seremos los

padrinos de tu boda, y en recuerdo de esto te declaro, que S. M. el rey nuestro señor (Q. D. G.) me ha concedido autorizacion para hacer en su nombre dos visitas á las personas que en este reino juzgue yo dignas de tan alta merced, y declaro que una de dichas visitas es la presente, que recibirás como si la misma majestad del rey de las Españas hubiera con su sagrada persona entrado en esta casa.

—¡Viva S. M.!—gritaron los que habian escuchado aquello, y este grito se repitió por todos los aposentos y por la calle.

El virey ofreció su mano á Doña Marina para subir la escalera, y el Indiano la suya á Doña Leonor, y en esta forma estas dos parejas *rompieron el baile*, como se decia en aquellos tiempos.

Una hora habia trascurrido despues de aquellas escenas, cuando se anunció al señor D. Enrique Ruiz de Mendieta.

D. Enrique penetró en el salon en que se encontraban los vireyes, y los saludó con gran cortesanía.

—¿Este es el jóven de que me hablaste?—preguntó Doña Leonor á su marido.

—Este, y en verdad que es una lástima; tan gallardo y de tan buena figura!—contestó el virey.

—Quizá lo hayan calumniado.

—Ojalá: á primera vista me ha simpatizado, y por mi fe que me alegro de no haber dictado hoy la providencia que pedian las madres: esta noche procuraré observarle.

—Tal vez no sea tan malo como lo pintan.

Si Don Enrique no hubiera estado tan preocupado buscando con la vista á Doña Marina, quizá hubiera podido notar que el virey y su esposa hablaban en voz baja y le miraban; pero nada advirtió.

Durante largo tiempo D. Enrique no despegó sus ojos de Doña Marina, la cual apenas parecia notarlo, rodeada de damas y de galanes, á quienes encantaba el lenguaje pintoresco y sencillo de la jóven.

Hubo un momento en que levantándose todos á bailar, dejaron sola á Doña Marina. Don Enrique pensó que habia llegado el momento de hablarla, quiso aprovecharle y se sentó á su lado.

—¿Estás contento, señor?—preguntó la jóven.

Don Enrique, que no estaba acostumbrado á aquella manera de hablar, y que ignoraba que así hablaba Doña Marina á todo el mundo, por ser la costumbre de su país, tomó aquello por un supremo acto de confianza, y animado por él, contestó:

—¿Cómo no estar contento á tu lado, señora, cuando mi único anhelo era este momento, para hablarte y escuchar tu voz, para decirte, señora, que te amo?

En aquellos instantes Don Diego entró como casualmente en el salon con un grupo de damas y caballeros; Don Enrique, preocupado, no lo advirtió.

—¿Me amas, y apenas me conoces?—dijo Doña Marina.

—A tí, señora, basta conocerte para amarte, y creo que tú me amarás tambien; ¿es verdad que serás mia?

—Tuya! ¿y cómo?

—Amándome como te amo yo, viviendo conmigo y á mi lado, viviendo solo por mí y para mí.

—¿Pero por qué crees que puedo hacer eso?

—Lo creo, señora, por tus dos cartas; lo creo por el boton de rosa que dejaste caer para mí el dia de San Hipólito.

—¿Yo?

—Sí, tú; no me lo niegues, porque yo te amo ya.

En este instante el Indiano se acercó á ellos; Doña Ma-

rina se levantó como espantada, y Don Enrique miró cerca de sí á su enemigo.

—¡Caballero!—dijo el Indiano en voz alta para que todos pudieran oírle—¿qué decíais á esta dama?

—¿A vos qué os atañe?—contestó Don Enrique con altivez.

—Doña Marina, ¿qué te decia ese hombre?

—Me hablaba de cosas de que yo no tenia noticia—contestó inocentemente la jóven;—me decia que me amaba, que yo le amaba, que habia recibido cartas mias, y que yo debia ser suya, por el boton de rosa que dejé caer para tí el dia de San Hipólito, y que él, que venia á tu lado, se apresuró á recoger.

Una sospecha terrible cruzó por el alma de Don Enrique; ¿habria sido víctima de alguna intriga?

La música habia cesado, el baile se habia suspendido, y de todos los salones venia la gente, atraida por el interés de aquella escena.

—¿Lo oís, caballero?—dijo el Indiano;—habeis venido á galantear á esta dama abusando de que os ha abierto las puertas de su casa; y esta dama, caballero, es mi futura esposa, en cuyo matrimonio el señor virey acaba de concederme la honra inmensa de ser mi padrino.

Don Enrique estaba como anonadado; un rayo caido á sus piés no le hubiera hecho un efecto tan terrible: conocia que en todo aquello se ocultaba una trama infame, pero no podia ver con claridad en aquella espantosa situacion.

—Creo, por consecuencia, caballero—continuó el Indiano—que me concedereis que estoy en mi perfecto derecho para suplicaros que os retireis de una casa en donde habeis cometido tan grave falta.

—¡Oh!—exclamó Don Enrique, pálido y con la frente

inundada de sudor—es preciso, caballero, que me expliqueis.....

—Es preciso que os retireis, Don Enrique Ruiz de Mendilueta—dijo una voz serena detrás de Don Enrique.

Volvió éste la cara, y se encontró con la adusta fisonomía del marqués de Mancera.

—Obedezco á S. E.—dijo Don Enrique—y mañana arreglaremos esto, señor Don Diego.

—Como gustéis.

Don Enrique atravesó en medio de la asombrada concurrencia.

—¿Lo has visto?—dijo el virey á su esposa.

—No tiene mas remedio—contestó Doña Leonor.

Y restablecida la calma, continuó el sarao tan alegre como si nada hubiera pasado.